LAS CONCEPCIONES FUNDAMENTALES DEL LIBERALISMO*

Introducción

Es casi un lugar común decir que la expresión 'liberalismo' es notablemente ambigua, tanto en el lenguaje coloquial como cuando es usada en el contexto de la filosofía política. Sin embargo, cuando se mencionan las diferentes posturas liberales, no siempre se tiene presente algunas de las concepciones fundamentales que 'liberalismo' denota, asociándose, en cambio, a esta expresión con posiciones más específicas que parecen derivarse de tales concepciones fundamentales.

Las posiciones que la palabra 'liberalismo' evoca inmediatamente son las siguientes:

a) la defensa de los llamados 'derechos civiles fundamentales' o 'garantías individuales', tales como la libertad de expresión, la libertad de culto, el derecho de reunión y de asociación, el derecho a un 'debido proceso legal', etc.

b) la defensa de la forma democrática de gobierno, que implica, básicamente, la existencia de procedimientos para la elección de los órganos estatales superiores y para controlar su actuación, en los que los destinatarios de las normas dictadas por tales órganos tienen una participación decisiva.

c) la defensa de procedimientos para la asignación e intercambio de bienes y recursos económicos entre los miembros de la sociedad que no dependen de pautas relacionadas con la satisfacción de ciertos presuntos objetivos sociales (tales como los de retribuir méritos o satisfacer necesidades) sino del reconocimiento de ciertos títulos históricos sobre tales bienes y recursos y del libre consentimiento para transferirlos.

Estas tres posiciones generalmente asociadas con el liberalismo son conceptualmente distinguibles y son, en ocasiones, defendidas en forma independiente; aún más, uno podría imaginar situaciones hipotéticas (ya que la legitimidad de

* [N. del E.] Publicado originalmente en *Revista Latinoamericana de Filosofía*, IV, (1978), pp. 141-150.

algunos ejemplos reales podría ser controvertida) en que alguna de estas posturas sea satisfecha en los hechos sin que ocurra lo mismo con las restantes. Sin embargo, hay argumentos bien conocidos en favor de la necesaria dependencia empírica entre la satisfacción de estas distintas posiciones. Se sostiene, por ejemplo, que la efectiva vigencia de los derechos civiles fundamentales, tales como la libertad de expresión, es un prerrequisito para el ejercicio genuino de una forma democrática de gobierno. O, a la inversa, que un gobierno con participación y control popular es el único que garantiza la preservación de las libertades públicas. Se afirma también que el reconocimiento de los derechos civiles básicos contribuye al respeto por los títulos históricos sobre los bienes y recursos económicos y a que su transferencia se haga sobre la base del libre consentimiento de sus titulares. O se sostiene, aún con más frecuencia, que la disponibilidad individual de tales bienes y recursos es una condición necesaria para el ejercicio efectivo de los derechos civiles y de la forma democrática de gobierno.

No es el propósito de este trabajo encarar la tarea ímproba de discutir los alcances de estas posiciones liberales y de analizar sus posibles relaciones recíprocas, sino llamar la atención sobre la existencia de dos concepciones adicionales de índole más general que expresan el punto de vista liberal, y que, aún resultando familiares a todos nosotros (hasta el punto de estar consagradas directa o indirectamente en nuestra Constitución Nacional), no siempre son tomadas centralmente en cuenta en la exposición, ataque y defensa del liberalismo. Creo que estas dos concepciones se encuentran en un nivel más profundo que las posiciones anteriormente mencionadas en el pensamiento liberal debidamente articulado, ya que la justificación de tales posiciones suele presuponer la defensa de aquellas concepciones. Más aún, el esclarecimiento de estas concepciones fundamentales puede ayudar a entender por qué pensadores sinceramente liberales pueden diferir acerca de algunas de las posiciones específicas referidas y de sus relaciones recíprocas.

2. Inviolabilidad y autonomía de la persona

a) La primera concepción fundamental que quiero exponer del liberalismo, es la que suele denominarse 'individualismo'. Por supuesto, esta expresión es también notoriamente ambigua: puede usarse con un significado cercano a 'egoísmo' o puede aludir a algún tipo de anarquismo; puede identificarse con la defensa de la propiedad privada y del mercado libre o puede estar asociada con el principio democrático 'un hombre, un voto'; puede también hacer referencia a la exigencia de ciertos derechos fundamentales como los relacionados con la privacidad y la libertad de opinión. Pero cualquiera sea la relación que exista, en última instancia, entre estas ideas y la concepción a que quiero referirme bajo el rótulo 'in-

dividualismo', esta concepción aparece en principio como claramente distinta a todas ellas.

La concepción a que aludo sostiene, básicamente, que las unidades elementales cuyo bienestar (entendido en sentido amplio) debe tenerse en cuenta para justificar instituciones, formas de organización social, medidas estatales, etc.; son cada uno de los individuos que integran una sociedad, y no cierta 'entidad' supraindividual como el Estado, una nación, una raza, una clase social, o la mayoría de la población. La idea es, para decirlo bruscamente, que estas categorías no hacen referencia a especies de organismos cuyo bienestar y florecimiento sea algo bueno en sí mismo con independencia de la prosperidad de cada uno de los individuos que los integran. Esta concepción se opone a que se justifiquen instituciones o medidas que imponen sacrificios y cargas no compensables a ciertos individuos que integran una sociedad, sin contar con su consentimiento efectivo, sobre la base de que ello redundará en beneficio—incluso en un grado comparablemente mayor al perjuicio causado a aquellos individuos—de la mayoría de la población (o del Estado, la 'raza superior', una cierta clase social, etc.). En definitiva, esta concepción se opone a que ciertos individuos sean usados en beneficio exclusivo de otros. Esto es lo que se suele llamar 'el principio de la inviolabilidad de la persona humana', cuya expresión más clara está dada por la célebre condena de Kant contra prácticas que implican tratar a algunos hombres solo como medios y no como fines en sí mismos.

Esta concepción ha sido, recientemente, puesta de manifiesto en forma explícita por varios filósofos, como John Rawls y Robert Nozick, que han iniciado un movimiento de ofensiva en contra del utilitarismo desde, la perspectiva liberal (a pesar de las notables diferencias que hay entre ellos acerca de las implicaciones del liberalismo en materia económica). Conviene citar algunos párrafos de estos autores que ilustran con mucha claridad los alcances de esta tesis individualista.

Rawls dice: "La característica llamativa de la concepción utilitarista de la justicia es que no tiene importancia, excepto indirectamente, de qué forma [la] suma de las satisfacciones se distribuye entre los individuos, del mismo modo que no importa, excepto indirectamente, cómo un hombre distribuye sus satisfacciones en el tiempo. En ambos casos la distribución correcta es la que produce mayor satisfacción global... De este modo, no hay, en principio, razón alguna para que las mayores ganancias de algunos no puedan compensar las pérdidas menores de otros; o lo que es más importante, que la violación de la libertad de unos pocos no pueda ser saneada por la obtención de un bien mayor compartido por muchos ... Esta concepción de la cooperación social es la consecuencia de extender al conjunto de la sociedad el principio de decisión para un solo individuo, fundiendo a todas las personas en una sola a través de los actos imaginarios de un observador imparcial y

sensible. El utilitarismo no toma en serio la distinción entre personas... [U]no puede arribar a un principio de decisión social mediante la mera extensión del principio, de prudencia racional para el caso de la decisión de un solo hombre al sistema de deseos contruidos por el observador imparcial. Hacer esto es no tomar en serio la pluralidad y distintividad de los individuos... Aquí tenemos una anomalía curiosa. Es costumbre concebir al utilitarismo como individualista, y hay, por cierto, buenas razones para ello. Los utilitaristas fueron firmes defensores de la libertad y del derecho de pensar sin restricciones y sostuvieron que el bien de la sociedad esta constituido por las ventajas de que gozan los individuos. Sin embargo, el utilitarismo no es individualista, al menos cuando se llega a él por el curso de reflexión más natural, al fundir todos los sistemas de deseos en uno solo, aplicando a la sociedad el principio de decisión de un solo hombre”¹.

A su vez, Robert Nozick expone todavía más explícitamente la misma concepción cuando sostiene: “[S]upongamos que alguna condición acerca de la minimización de la violación de derechos fuera incluida en el estado final a ser alcanzado como objetivo [como lo podría hacer el utilitarismo si definiera el bien intrínseco en relación a la preservación de ciertos derechos]... Esto todavía podría obligarnos a violar ciertos derechos cuando el hacerlo minimiza la suma total (mensurada) de violación de derechos en la sociedad... En contraste con la incorporación de los derechos en el *Estado final* a ser alcanzado, uno los puede ubicar como ‘restricciones laterales’ a las acciones que se realicen... La concepción de las restricciones laterales prohíbe infringir tales restricciones en persecución de ciertos objetivos... Las restricciones laterales a la acción reflejan el punto de vista kantiano subyacente de que los individuos son fines en sí mismos y no solo medios; ellos no pueden ser sacrificados o usados, sin su consentimiento, para alcanzar otros objetivos. Los individuos son inviolables... Pero ¿por qué no se podría infringir la inviolabilidad de una persona para alcanzar un bien social mayor? Individualmente, cada uno de nosotros elige a veces soportar algún dolor o sacrificio para alcanzar un beneficio mayor o evitar un mal mayor... ¿Por qué no sostener *similarmente* que algunas personas deben soportar algunas cargas, que benefician en mayor medida a otros, en aras del bien social global? Pero no hay una *entidad* social, alguno de cuyos bienes se sacrifica en su propio beneficio. Hay solamente personas individuales, diferentes personas individuales, con sus propias vidas individuales... Las restricciones laterales sobre lo que podemos hacer refleja el hecho de nuestras existencias separadas”².

Creo que es esta concepción fundamental del liberalismo la que se opone a doctrinas denominadas, en forma suficientemente ilustrativa, ‘totalitarias’. Como ve-

¹ John Rawls, *A Theory of Justice*, Oxford, 1972, págs. 26 y 27.

² Robert Nozick, *Anarchy, State and Utopia*, Oxford, 1974, págs. 28, 31, 32, 33.

remos luego, la expresión 'totalitarismo' puede también ser apropiada para hacer referencia al punto de vista opuesto a la otra concepción fundamental del liberalismo que vamos a examinar; pero, en este contexto, parece claro por qué es totalitaria una doctrina que desconoce esta concepción liberal: porque justifica el sacrificio de personas individuales en beneficio de cierta 'totalidad' (aunque se alegue que esa totalidad está simplemente integrada por la mayoría de la población). Obviamente el liberalismo no se opone a que, por razones de conveniencia se hable en términos de entidades colectivas; pero la diferencia crucial está dada por el hecho de si, cuando aludimos al bienestar de tales entidades, estamos computando el bienestar de sus miembros individuales en forma agregativa o en forma distributiva (en este último caso no diremos que el bienestar de una entidad colectiva se incrementa a consecuencia de una medida que aumenta el buen pasar de una mayoría de sus miembros a costa del sacrificio de una minoría).

Una vez que se tiene en claro esta concepción básica del pensamiento liberal, se puede percibir su vinculación con las posiciones específicas que mencionamos al comienzo como inmediatamente asociadas con el liberalismo, y las razones por las cuales sinceros liberales (dejo aquí de lado posturas hipócritas) pueden disentir acerca de la naturaleza de esa vinculación.

La relación entre esta concepción y la defensa de ciertos derechos individuales parece no presentar mayores problemas. Como se advierte en los párrafos de Nozick citados, es precisamente el reconocimiento de determinados derechos como restricciones laterales a la persecución de objetos colectivos lo que garantiza que algunos individuos no, sean sacrificados en aras de la satisfacción de tales objetivos. Ronald Dworkin sostiene³ que el concepto mismo de derecho (subjetivo) implica, en contraste con la noción de objetivo social colectivo, su carácter distributivo, y también que la noción de derecho presupone un límite o umbral en contra de la aplicación de medidas justificadas sobre la base de la satisfacción de objetivos colectivos (no sería considerado un derecho genuino aquel que cediera –según la teoría política que lo define– ante cualquier objetivo social plausible).

Pero si pasamos a la segunda posición específica que se asocia comunmente con el liberalismo –la defensa de un régimen democrático de gobierno– su relación con la concepción fundamental que examinamos aparece como más controvertible. Por un lado, se alega que los procedimientos democráticos de elección y control de los órganos estatales constituyen la forma más eficaz conocida de impedir que un grupo social imponga medidas en su propio beneficio y a costa del resto de la población. Pero una vez que esta defensa se hace explícita, se advierte inmediatamente cuál puede ser la obvia réplica; que la democracia, dependiendo como debe hacerlo de las decisiones de la mayoría, parece un procedimiento perfectamente diseñado para

³ *Taking Rights Seriously*, Harvard, 1977, págs. 90 y ss.

sacrificar a las minorías en aras de los intereses de la mayoría de la población. Esto muestra por qué los que defienden a la democracia sobre la base de la concepción individualista deben recurrir a la idea de que su funcionamiento está limitado por el reconocimiento de derechos individuales no sometidos al voto mayoritario.

Obviamente la vinculación entre la concepción individualista y la tesis liberal en materia económica es objeto de controversias todavía más profundas. Por un lado, se alega que la inviolabilidad de la persona humana exige, para su protección efectiva, que cada individuo pueda controlar libremente al menos un mínimo de bienes y recursos económicos, sin depender de la decisión de órganos centralizados (decisión que, en el mejor de los casos, estaría determinada por preferencias mayoritarias). Por el otro lado, se aduce que la falta de una distribución equitativa de ese control sobre recursos económicos provoca la sujeción de ciertos individuos a los intereses de otros, lo que determina la necesidad de que el control este radicado en órganos imparciales.

b) La segunda concepción básica del liberalismo que quiero distinguir es la que se opone corrientemente al punto de vista que se suele denominar 'perfeccionista' o 'platonista'. Esa concepción sostiene, en lo sustancial, que el estado debe permanecer neutral respecto de planes de vida individuales o ideales de excelencia humana, limitándose a diseñar instituciones y adoptar medidas para facilitar la persecución individual de esos planes de vida y la satisfacción de los ideales de excelencia que cada uno sustente, y para impedir la interferencia mutua en el curso de tal persecución. Esta concepción distingue entre una 'moral pública', constituida por pautas que vedan acciones que perjudican a otras personas interfiriendo con sus intereses, y una 'moral privada' que proscribía acciones que autodegradan al propio agente que las realiza en relación a ciertos ideales de excelencia. El estado, se sostiene, debe sólo ocuparse de homologar o hacer efectivas las reglas de la moral pública, absteniéndose de adoptar medidas que supongan discriminar entre la gente por sus virtudes morales o la calidad de sus planes de vida. De ahí la conocida postura liberal de que el derecho debe solo ocuparse de reprimir acciones que perjudiquen a terceros, proscribiéndose, en consecuencia, leyes de índole paternalista. John Stuart Mill decía al respecto: "[El] único fin por el cual la sociedad está autorizada a interferir con la libertad de algunos de sus miembros es su autoprotección. El único propósito por el cual el poder puede ser legítimamente ejercido sobre un miembro de la comunidad civilizada, contra su voluntad, es para prevenir el daño a otros; su propio bien, sea físico o moral, no es suficiente fundamento; él no puede ser compelido a actuar u omitir porque eso lo beneficiaría o lo haría más feliz, o porque, en la opinión de otros, es lo más prudente o lo que debe moralmente hacer"⁴.

⁴ *Three Essays*, Oxford, 1975, "On Liberty", págs. 14 y 15.

La justificación de esta concepción liberal tiene muchas variantes distintas y todos estamos familiarizados con la mayoría de ellas. Algunos la sustentan sobre la base de ciertas ideas sobre la legitimidad del Estado y sobre el origen de la soberanía política. Otros, como Mill, justifican esta concepción antiperfeccionista aduciendo el valor de la libre experimentación en materia de moral individual y de planes personales de vida, y en la ineficacia e impropiedad de imponer coactivamente ideales de excelencia humana, que deben dejarse librados a la persuasión y al debate crítico. Aun otros autores, como Rawls, recurren a cierta concepción de la persona moral que no está ligada a la satisfacción de ciertos fines sino a la libertad para elegirlos, y a cierta teoría ética sobre lo bueno que depende de la satisfacción de cualquier plan racional de vida que las personas se propongan (con la obvia restricción de que no interfieran con planes ajenos). También se suele justificar este punto de vista liberal sobre la base de una posición relativista en materia ética (que, paradójicamente, se vincula con la defensa de la tolerancia como principio moral).

Es interesante señalar que la expresión 'totalitarismo' parece también apropiada para calificar a la postura que se opone a esta otra concepción fundamental del liberalismo. La posición perfeccionista sostiene que es misión del Estado el regular la totalidad de los aspectos importantes de la vida humana, el hacer efectivas todas las pautas morales consideradas válidas y no solamente las que se refieren a acciones perjudiciales a terceros, el imponer un ideal global de una sociedad perfecta y no sólo un esquema mínimo de cooperación social.

Si examinamos rápidamente ahora las relaciones entre esta segunda concepción básica del liberalismo y las posiciones específicas mencionadas al comienzo, curiosamente las conclusiones no difieren sustancialmente de las que sugerimos en el caso de la doctrina individualista.

Nuevamente, la defensa de ciertos derechos y garantías individuales parece ser central a la concepción antiperfeccionista. Derechos tales como la libertad de expresión, de culto y de asociación son indispensables para la persecución de planes de vida individuales sin interferencia por parte del poder estatal y por otros individuos. Sin embargo, es posible que los derechos que se derivan de esta concepción difieran parcialmente de los derechos que la concepción individualista requiere y que están más relacionados con bienes de los cuales los individuos no pueden ser privados y con ciertos procedimientos (como el 'debido proceso legal') que deben observarse para la privación excepcional de tales bienes.

En relación con la defensa de la democracia como forma de gobierno comienzan a aparecer algunas dificultades. Por un lado, parece claro que la descentralización de los procedimientos de elección de las autoridades y de control sobre su actuación favorece la adopción de cursos de acción para impedir que prosperen medidas que pueden afectar la persecución de proyectos individuales. Es más, el

que las medidas públicas adoptadas sean el resultado de cierta expresión mayoritaria que implica hacer compatibles intereses parcialmente conflictivos, genera una tendencia a que esas medidas se circunscriban a una especie de 'mínimo común denominador' entre diversos intereses, dejando margen para su satisfacción recíproca (por ejemplo, el que diversos grupos religiosos deban, tal vez, unirse para constituir una mayoría puede hacer que en lugar de propiciar medidas que favorezcan a una u otra religión decidan propiciar en conjunto la libertad de cultos). Pero, por otra parte, en la medida en que las preferencias que la gente expresa a través del voto no son solamente preferencias acerca de sus propios planes de vida sino también acerca de modelos de conducta que los demás deberían satisfacer, se corre el riesgo de que la suma de esas preferencias referidas a la conducta ajena determine la consagración de un cierto ideal de excelencia humana (curiosamente, la limitación de las preferencias que pueden ser expresadas políticamente a preferencias acerca de los propios intereses puede conducir a un tipo de representación "funcional" considerado, sin duda por razones valederas, como antiliberal). Por esta razón, el defensor de la democracia que alega fundamentos antiperfeccionistas debe recurrir, como el que se apoya en la concepción individualista, a combinar el régimen democrático con derechos individuales cuyo reconocimiento no está sujeto a decisiones mayoritarias.

Como en el caso de la concepción individualista, la relación entre el punto de vista antiperfeccionista y la doctrina económica liberal es una cuestión ampliamente controvertida. Se puede sostener, como se lo hace frecuentemente, que la libertad de elección de planes de vida se restringe seriamente cuando la producción y distribución de bienes, que podrían ser necesarios para la materialización de diferentes proyectos vitales, depende de las decisiones de órganos centralizados (la decisión de producir, por ejemplo, más televisores en lugar de más libros podría perjudicar severamente a quienes han elegido dedicar su vida a la actividad intelectual); y se puede alegar, además, que el mercado es un instrumento ideal para asignar recursos de acuerdo, no a lo que es necesario para cierto ideal de vida homologado oficialmente sino, a las exigencias de intereses privados libremente expresados. Pero, por otro lado, también se aduce que la libertad para conformar la vida de cada uno al plan de vida preferido es una mera quimera si no va acompañada de un poder fáctico para ejercer tal libertad, lo que requiere una amplia distribución de recursos económicos que no está garantizada por la transferencia de bienes a través del mercado. Se alega, asimismo, que el modelo económico liberal tiende a generar preferencias por ciertas formas de vida sobre otras y a exaltar determinadas virtudes personales, en detrimento de virtudes que no son funcionales en relación a ese modelo.

3. La combinación de las dos concepciones

La coincidencia entre las consecuencias del enfoque individualista y de la concepción antiperfeccionista en relación a las tres posiciones específicamente asociadas con el liberalismo podría hacer pensar que ambas concepciones fundamentales están estrechamente conectadas entre sí. Sin embargo, esto no parece ser así. Es concebible un perfeccionista individualista que busque el florecimiento bajo cierto ideal de excelencia humana de cada uno de los miembros de la sociedad. De este modo, esta posición no admitiría que se sacrifique a algunos individuos para que otros puedan alcanzar el ideal de excelencia postulado. Los que se apartan seriamente del modelo de vida adoptado no serían penados en beneficio del resto de la sociedad, sino en su propio beneficio; en estos casos, la coacción estatal estaría dirigida a rehabilitar moralmente a los que se han autodegradado apartándose de pautas que definen formas de vida decentes. Es más, aun cuando es posible una concepción perfeccionista no individualista (como lo es, por ejemplo, el nazismo con su idea del perfeccionamiento de una raza superior), el perfeccionismo asume generalmente un enfoque de índole individualista, sobre todo en sus variantes conectadas con doctrinas religiosas.

Por otra parte, es también concebible un antiperfeccionismo no individualista. El ejemplo más claro de esta posición lo constituye el utilitarismo. Esta doctrina, como vimos en el caso de Mill, adopta firmemente la idea de la neutralidad del Estado respecto de planes de vida e ideales de excelencia humana, y sostiene, como su tesis central, que el bien de cada uno depende de la satisfacción de sus propias preferencias individuales y no de la materialización de cierto modelo privilegiado de vida; pero también conduce a que se admita como legítimo el sacrificio de minorías en aras de que la mayoría pueda alcanzar una felicidad mayor, satisfaciendo sus propios planes de vida.

Mientras que el individualismo se basa en una concepción atomista de la sociedad, el antiperfeccionismo supone una concepción de la persona humana que exalta su capacidad para elegir libremente sus propios fines. Para el primer enfoque, no hay otros titulares de bienes que los individuos; para el último enfoque, el bien de los individuos está dado por los fines que ellos mismos se proponen. Creo que ambos enfoques son independientes.

Es interesante preguntarse si es plausible concebir como liberal a una posición que adopta una de estas dos concepciones fundamentales con exclusión de la otra. El perfeccionismo, aún en sus variantes individualistas, es generalmente considerado una postura antiliberal. Es más difícil aceptar la misma conclusión respecto de la posición antiperfeccionista no individualista; casi resulta una blasfemia tachar de antiliberales a los utilitaristas, quienes se han contado, históricamente, entre los más decididos e influyentes defensores de la libertad humana. En

definitiva, esta es una cuestión de palabras, agravada por la aureola emotiva del término 'liberal', pero tal vez no resulte del todo injusto decir que los utilitaristas clásicos no advirtieron con la debida claridad que su doctrina implica consecuencias respecto de la inviolabilidad de la persona que no se compadecen con su sincera defensa de la libertad (el propio Bentham critica, con contundente ironía⁵, la visión organicista de la sociedad, con lo que muestra no ser del todo consciente de que su teoría tiene algunas implicaciones similares a las de aquélla). Si esto fuera así, quizá resulte apropiado decir que el liberalismo implica las dos concepciones fundamentales que he mencionado; que implica tanto la tesis de que el hombre es inviolable y no puede ser usado exclusivamente en beneficio de otros, como la tesis de que cada hombre debe tener autonomía para formar y satisfacer sus propias preferencias y planes de vida; que recoge y combina elementos de la tradición utilitarista y de la tradición kantiana, anulando cada uno de los elementos, aspectos insatisfactorios de la otra tradición.

4. Conclusión

Ver al liberalismo a la luz de estas concepciones fundamentales permite sugerir algunas ideas para encarar la polémica en torno a esta doctrina, que quiero sólo mencionar a modo de conclusión:

En primer lugar, que tal vez la expresión 'liberalismo' no es, al fin y al cabo, tan ambigua como al principio supuse, puesto que, si el liberalismo supone la adhesión a estas dos concepciones, las controversias entre liberales que comparten sinceramente tal adhesión en relación al alcance y límites de la democracia y a la validez de diferentes sistemas económicos, no se deben tanto a diferencias ideológicas de fondo sino a diferencias en cuanto a condiciones para hacer efectivas las exigencias de aquellas concepciones básicas.

En segundo término que ante la frecuente crítica de que el liberalismo es una doctrina esencialmente inigualitaria, los liberales podrían, quizá, replicar que a sus concepciones fundamentales subyace un principio de igualdad; un principio que Rawls y Dworkin⁶ formulan como estipulando que cada hombre tiene derecho a ser objeto de igual preocupación y respeto por parte de las autoridades. Yo interpretaría este principio en relación a las dos concepciones que vimos, diciendo que cada hombre tiene derecho a una igual preocupación por parte del gobierno en cuanto sus intereses no pueden ser desconocidos sobre la sola base de que así se satisfacen los intereses de otros, y que cada hombre tiene derecho a igual

⁵ Jeremy Bentham, *An Introduction to the Principles of Morals and Legislation*, cap. I, 4.

⁶ John Rawls, "A Kantian conception of equality", 96 *Cambridge Review* 94 (1975), pág. 261; Ronald Dworkin, *ob. cit.*, pág. 180 y págs. 272 y ss.

respeto, en el sentido de que no puede imponérsele otros fines personales que los que él mismo ha elegido. Como dice Dworkin, este principio más que exigir que todos reciban un tratamiento igual –en el sentido de imponer una distribución igual de algún bien específico–, estipula el derecho de todos a ser tratados como iguales.

Por último, la identificación del liberalismo con las concepciones fundamentales que he mencionado hace posible desviar la controversia acerca de su validez de las tesis de carácter más instrumental con las que generalmente es asociado; al fin y al cabo, son aquellas concepciones y no estas últimas tesis las que hacen del liberalismo una doctrina tan atractiva para algunos y tan repulsiva para otros. Tanto la defensa como el ataque al liberalismo pueden resultar fortalecidas si se concentran en sus concepciones básicas del hombre y de la sociedad. El objeto de este breve trabajo fue contribuir mínimamente a esclarecer qué merece ser defendido o atacado en la doctrina liberal y no asumir tal defensa o ataque.